

EL GENERAL SUCRE.

Erase el General de mediana estatura, aunque algo más alto que pequeño; delgado, sin ser enjuto de carnes; la cabeza simétrica y sin prominencias; la frente vasta, en especial hacia los lados, por donde formaba grandes entradas en los cabellos negros, recios y ensortijados, la piel morena, menos en las partes habitualmente cubiertas por el sombrero de lo cual se desprende que la *empretcieron* los rigores de la intemperie; las cejas delgadas y perfectas, los ojos castaños, expresivos y dulces, excepto en el fervor de la batalla en que se encendían y relampagueaban; la nariz larga, combada, no fea; la boca regular, los labios finos, pero salientes, sin duda por la costumbre de la rasura, á que sometía también la redondeada barba y las tersas mejillas, sombreadas apenas por una estrecha y corta patilla. El entrecejo, ligeramente marcado, rara vez se acentuaba para mostrar el rostro ceñudo. Sonreíase con alguna frecuencia, pues era hombre vivo é insinuante, y descubría los dientes blancos é iguales. No reía sino difícil y momentáneamente: nunca fué propenso á las ruidosas demostraciones de la alegría, del pesar ó de la cólera. Mesurado, amable, reflexivo, la discusión con los compañeros, la conversación con los amigos, las órdenes á los subalternos salían de sus labios en suave sonido como la tranquila expresión de una inteligencia cultivada, de un criterio recto, de un corazón benévolo, en una palabra, de una alma superior. Dócil, subordinado, desprendido, no arriesgó jamás, como subalterno, el feliz éxito de una batalla, empujado por las rivalidades, celos ó caprichos, que movían frecuentemente á algunos oficiales voluntarios, voluntariosos, tercos y soberbios. Previsor, prudente, sereno en el peligro, humanitario, generoso en la victoria, no prodigó nunca, como jefe, la sangre de los patriotas ni de los realistas, ni precipitó acon-

tecimientos, ni guerreó por el lustre de su nombre, sino siempre para provecho de la República y por amor á la libertad. Filósofo armado, más bien que militar, miraba la sangre,—sudor rojo de las magnas ideas y ¡ay! de los mezquinos intereses,—con la pena de quien prefiere al bárbaro degüello los combates de la razón en los pacíficos campos de la tribuna ó de la imprenta. Baralt se admira de que Sucre hubiese tenido enemigos; á mí no me sorprende: los resplandores del mérito hieren los suspicaces ojos de la envidia y despiertan las malas pasiones de quienes no pueden brillar sino en el caos.

La envidia.reflejo tenebroso de las virtudes, mar tóxico que pretende tragar al mérito; pero que lo lleva en su superficie y lo hace flotar más visible. La envidia.cuervo que atraen los olores de lo que se perfecciona y no los hedores de lo que se corrompe, la envidia, digo, le hirió, picoteó en sus cualidades, pero no penetró jamás en su corazón para roerle, ni en su espíritu para envilecerle. Amó á sus compañeros como á coadyuvadores de la empresa, aun cuando algunos de ellos lo odiaron como á reprensión viva de sus defectos. De familia noble y rica, amaba la independenciamadre de nobleza y de prosperidad, nó como causa del desborde, del envilecimiento, de la plenitud del mal en el vacío del orden. Las cualidades de Sucre prepararon el crimen que nos le arrebató. La rectitud de alma no le permitió encorvarse para ver la perfidia que rebullía á sus pies. Si el plomo al destrozarle la cabeza, no le hubiese muerto en el acto, hubiera perecido seguramente poco después dislacerado el corazón por la ingratitud y la felonía. Al caer no mordió la arena de la lid, acaso besó la tierra que le fué tan querida.

Poseyó una sola ambición: la de la virtud.

Tenía no se qué de atrayente y que al propio tiempo inspiraba respeto, en la fisonomía, en las maneras, en las miradas, en las palabras: era uno de esos hombres que en las cualidades del cuerpo y del alma llevan el diploma de una gran destinación providencial. Si hubiese nacido en Europa, acaso hubiera sido rey; como nació en América.le asesinaron.